

sitorios, miembros de una comunidad. La fraternidad tiene en Europa, en la Europa que admiramos, que amamos, que necesitamos, que nos necesita y que algún día nos amará, una acepción puramente nacional. En América, para fortuna nuestra, tiene un sentido internacional. Es porque América es un inmenso país que se ha desmembrado en regiones autonómicas, de acuerdo con un instinto de originalidad característica. Es por eso que esa hermandad no es vana. Habla a nuestro recuerdo, nos emociona en la evocación de sacrificios comunes, nos halaga en la belleza de una esperanza de la cual somos, por la ley misteriosa que elabora el porvenir, los activos trabajadores. Y hoy habla a ese recuerdo y consolida esa esperanza la fecha del Uruguay. Sí; formamos los países del Plata y nos cuesta concebir que más allá del río maravilloso empieza otra Nación. ¿Es realmente otra Nación? Lo es y es quizá por eso, porque la conocemos en la intimidad de su energía, en la

semejanza de su conjunto y en la diversidad de los rasgos geniales que la tipifican con tan vigorosa personalidad, es por eso que nos sentimos vinculados con el calor del corazón al pueblo valeroso, de vibradora juventud, de ardiente empuje, que no teme las ideas, que no se detiene ante el precedente y que vuelca en su franqueza viril de adolescente magnífico toda la substancia vital de su alma. Allí tuvo el combatiente argentino de la libertad el techo y el pan cuando bajo nuestro cielo el pensamiento estaba proscripto. Montevideo está en nuestra historia como estamos en la historia de Montevideo, puesto que en sus hazañas, en su gesta doméstica de patria libre, estuvieron presentes los hombres de Buenos Aires, los hombres de la Argentina. La imprenta del Uruguay, como la de Santiago, fué nuestra imprenta en las horas aciagas, sus estudios cívicos se abrieron a la elocuencia ruda y fecunda del patriciado de nuestra democracia, de nuestra prédica

liberal en el periodo sombrío. ¿Por qué ha de diferir lo que vendrá de lo que fué? ¿Por qué ha de sobreponerse una imagen huraña de América a la imagen heroica y romántica de la América del pasado? Pensémoslo, meditémoslo, en los días en que la República del Uruguay, el otro país del Plata, celebra lo que está adherido a nuestra memoria (1), hecho esencia y corteza en nuestro ser nacional y nos llama a participar de su fiesta, de su solemnidad, trascendente para nosotros, sugeridora de fuerte alegría, que auspicia la fe en los designios recíprocos y resurge en los lugares que fueron el escenario en que se desarrolló la magna leyenda; sobre la extensión bruñida de las aguas resurge el eco vasto de la misma voz, del mismo acento que nos confunde en la tibieza de una proximidad que nos une el espíritu.

(La Nación, Buenos Aires).

DESIGNADO por el Consejo de la Sociedad de las Naciones para formar parte de la Comisión de Cooperación Intelectual, fundada con el objeto de su título, mi atención debe ser preferente para los países de la América Latina, no sólo por pertenecer yo a uno de ellos, sino por el hecho causal de haberse creado el puesto que ocupó a iniciativa de la delegación venezolana y mediante el apoyo uniforme de las que mantenían dichos países ante la Sociedad, con el objeto de dar representación a la cultura de las naciones americanas de idioma castellano. Prosperó así la doctrina de nuestra autonomía espiritual respecto de España, como había sucedido ya con la de los Estados Unidos respecto de Inglaterra; y teniendo además su representación la del Brasil, en la meritisima persona de Aloisyo de Castro, pudo decirse que en el dominio intelectual América era también para los americanos.

Acaba, entretanto, de fundarse la Unión Latino-Americana en Buenos Aires, con el propósito de «coordinar la acción de los escritores, intelectuales y maestros de la América Latina, como medio de alcanzar una progresiva compenetración política, económica y moral, en armonía con los ideales nuevos de la humanidad».

Nadie ignora que el programa de la Sociedad o Liga de las Naciones es también ecuménico y cooperativo; con lo cual todo concurre a la pertinencia de las siguientes observaciones sobre el programa de la susodicha Unión, que en mi carácter de intelectual y escritor considero inaceptable.

Examinaré uno por uno los puntos controvertibles, transcribiéndolos para evitar cargos de mala interpretación.

Dice primero: «orientar las Naciones de

La América Latina

la América Latina hacia una Confederación que garantice su independencia y libertad contra el imperialismo de los Estados capitalistas extranjeros, uniformando los principios fundamentales del derecho público y privado, y promoviendo la creación sucesiva de entidades jurídicas, económicas e intelectuales de carácter continental».

Es la idea de Bolívar, abortada cuando, según se verá, resultaba mucho menos quimérica, y reducida, como se ve, en tres puntos capitales: la limitación a la América Latina por exclusión de los Estados Unidos, conforme se manifiesta más abajo: el resguardo de la independencia contra los «Estados capitalistas» solamente; y la falta del ejército y de la escuadra federales, que según el plan del libertador debía dar efecto a las sanciones de la Confederación en caso de rebeldía.

Cuando Bolívar acometió su empresa—panamericana—la comunidad de propósitos entre las Naciones que acababan de luchar contra la dominación española era mucho más sencilla, sólida y activa que hoy, habiéndose logrado su triunfo por la alianza de las armas. A este estado de cosas casi ideal en la materia, correspondía la falta de rivalidad de intereses y la ausencia de problemas étnicos y religiosos. Era, por decirlo así, el momento idílico de la victoria. Y la idea abortó por quimérica, conforme supo verlo bien, ya entonces, la senatez argentina.

Fuera de los motivos circunstanciales del fracaso, había uno esencial que es el contrasentido irreducible de todas las tentativas análogas: la necesidad de imponer por

la fuerza las sanciones desacatadas, pues sin ello no hay unión efectiva, y la imposibilidad de que eso no constituya un super Estado, repugnante a la soberanía nacional. Así fracasó también la iniciativa wilsoniana; pero, en el caso que nos ocupa, sería peor aún.

Como sólo unos pocos países de la América Latina poseen elementos de combate a distancia, principalmente flotas, que serían los principales, el resguardo de la independencia amenazada por «los Estados capitalistas»,—y si esto quiere decir «potencias», por las Naciones más fuertes,—constituiría una carga tal, que basta anunciarlo para comprender su absurdo.

Supongamos una república de la América Central, agredida por los Estados Unidos. Allí irían a hacerse derrotar inútil, pero infaliblemente, las pequeñas escuadras reunidas de Chile, el Brasil, la República Argentina,—pongamos el Perú y media docena de cruceros más—con el peregrino resultado de autorizarle al agresor más atentados, y a mansalva...

Verdad es que el programa de la «Unión» excluye la fuerza; pero este es, precisamente, un motivo de su inferioridad respecto al de Bolívar. Con todo, sigamos analizando sus prescripciones.

La defensa sería, dice, contra «los Estados capitalistas extranjeros».

Pero no define, aunque es fundamental, lo que debemos entender por «Estados capitalistas». ¿Lo serán también Italia y Francia, países latinos, por lo demás? Y si conforme a la clasificación socialista, que es la adoptada, al parecer, no lo fuese Rusia,

(1) El Centenario de la Florida: 25 de Agosto de 1925.